

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DESDE BUDAPEST REHABILITACION DE LA SOPA

La sopa fue expulsada de los cuentos infantiles. Los niños se reunieron y la expulsaron. El único que hubiera podido defenderla, un niño húngaro, al que llamaban «El Bigotudo», se durmió.

¿Adónde podría ir la sopa? ¡Afuera! ¡Afuera!... Poco faltó para que la empujaran. La pobre volvió a ver a todas partes. Las agujas del reloj tampoco la querían. Ni el loro. El loro es enemigo de la sopa. No así de los ensopados. ¿Los ensopados con azúcar?, preguntaron los infantiles inquisidores. Por los ensopados podía salvarse aquel líquido que acaban de expulsar de sus platos y sus cuentos para siempre. Pero no eran permitidos. No era de buena educación hacer «sopas» en la mesa. El loro se chorrea todo. El pan dulce embebido de café con leche o chocolate quedaba más en su plumaje que en su pico. En la estaca. La pequeña península que lo unía a la pared.

Guerra de continentes. De los niños de todos los continentes contra lo contenido en los platos de sopa. Ni verlos. Arrugaban la cara, fruncían el ceño, cerraban los ojos, apretaban la boca y volvían la cabeza. Ni olerla. Promesas. Inútil. Paseos. Inútil. Juguetes nuevos. Inútil. Violentamente. Sólo así y entonces, sobre el líquido del plato que hubo de enfriarseles, pretextaban para no tomarlo que estaba muy caliente, caían lagrimones...

Sin embargo, qué rica es la sopa. Y a pesar de los juramentos que hicimos siendo niños, poco a poco nos vamos reconciliando con ella, aunque no del todo. Disgusto... resquemor... quizás habría que botar el pelo que se nos erizó tantas veces frente al plato de sopa... Sí, es una reconciliación a medias y nos despreciamos cuando andando el tiempo nos encontramos tan «soperos», tan inclinados a la sopa.

Cada quién podría contar qué fue lo que le hizo faltar a su juramento, a sus promesas infantiles y tomar la sopa por los cabellos, como se le toma cuando tiene cabellos de ángel. Necesidad o gusto. ¿Qué fue? ¿El podería tomar voluntariamente? ¡Un primer uso de la libertad! Lo cierto es que un buen día aquel niño que tronaba contra la sopa hundió las narices, siendo joven en París, en el humo que despedía una tazona sin orejas, llena hasta los bordes de «Soupe à l'oignon».

¡Ah, pero sólo ésta...! decretó, sintiéndose un poco bohemio, aunque después de esta compañera invernal se deslizaron otras. Las sopas de los restaurantes húngaros de París y, entre éstas el famoso, el famosísimo «goulach».

En el orden jerárquico de lo divino, estas dos sopas pertenecen a las Dominaciones. Reinan. Imperan. Aquella con su centro de pan tostado y su manto de armijo convertido en hilos de queso, que más que hilos son cuerdas de un instrumento que no se toca, sino se traga. Y ésta, el «goulach», o sopa de «goulach», teñida de rojo, violenta, goyesca, picante, casi incendiaria.

Internarse en el mundo de las sopas es seguir los pasos de aquel que temeroso de morir de sed buscaba el líquido, y ya frente a éste, reflexionando que podía morir de hambre, corría hacia el sólido sustento, bien que llegado allí no se decidiera,

pues si es verdad que iba a satisfacer su hambre, corría el peligro de morir de sed. Para resolver el problema cortó por lo sano e hizo una mezcla líquido-sólida, para comer y beber al mismo tiempo, o beber y comer, el orden no altera la sopa, nacida de los dos grandes temores ancestrales del hombre: el hambre y la sed.

No sigamos la evolución. Del terciario y cuaternario nos quedan las sopas de cangrejo, casi ígneas. Las sopas de tortuga. El mar profundo convertido en sopa. Y las crestas de los gallos nadando en las nuevas combinaciones afrodisíacas. Todos los caldillos y sopas del terciario y cuaternario son afrodisíacos. Engullimiento y ebullición interna. La sopa en el cuerpo en lugar de aquello del diablo en el cuerpo. La «sopa de pollo a la Ujhazy». Hube de venir a Hungría para saber bien lo que era, y degustarla como es. Hungría se me va haciendo el país de los potajes. ¡Temblad, cartilagos! ¡Temblad, meninges! ¡Manes del colesterol!...

Se echa un gallo por persona. El gallo con espolones, cresta, y todo lo que engalla. Pero no vamos a dar la receta. ¿Por qué? Porque una receta trae otra. Y debemos lanzarnos a los caldos de pescado. Los suculentos. Los supersuculentos caldos de pescado del lago Balatón. O bien a los restaurantes especializados en carnes de cacería, y para eso Budapest. Una sopa de jabali o de menudillos de liebre o de albóndigas, tostadas como croquetas, de picadillo de ciervo al vino tinto. ¿Alguien piensa en el «consomé»? Nadie. Esa palabra debe desterrarse de aquí donde estamos comiendo con los dedos las presas de venado, de conejo, el costillar de aquel alto ciervo coronado de cuernos. El «consomé» huele a frac. Tiembla en la taza como un monóculo dorado. Nadie ha pensado en él, ni en ningún otro caldo diplomático, frente a esta sopera de pechitos de cervatillo ligeramente ácida.

Ni en el «consomé» ni en la letanía de sopas que aunque, como pasa con la cocina húngara, todas llevan paprika y rabequita de pimienta, no dejan de ser sopas. Otras sopas salvamos para nuestro gusto: el «potiron» francés, pero debemos confesar que es más rico el «tektezelek» húngaro, ambos hechos de pulpa de calabaza. El «tektezelek» lleva, y esto lo diferencia del «potiron», una especie de virutillas de la misma calabaza y la crema agria que suaviza tan deliciosamente muchos platos húngaros.

Y de la mano del «potiron» y el «tektezelek», el ayote americano, calabaza que se toma simplemente cocida con sal, o se prepara con azúcar negra para el día de difuntos.

Y hablando a quema-sopa señalemos otro de los hallazgos de la cocina húngara, la sopa de frutas. Se sirve helada. La de guindas es la mejor, aunque se puede hacer con cerezas o manzanas. Dulzona, ligeramente coloreada de rosa, parece una sopa de rosas.

Y una sopa de perlas, la sopa a la «tarhonya», uno de los alimentos que podría llamarse ancestrales. La «tarhonya» es de

la familia de los tallarines italianos. Quién sabe si Marco Polo... Sólo que en vez de prepararla en tiras largas, se pasa por un tamiz que la transforma en globitos de huevos y harina, crocantes y deliciosos.

En la fiesta de Nochebuena, se usa servir la sopa al vino, más bien una especie de ponche. Lleva yemas de huevos, vino, azúcar y canela. Todo cocinado en baño maría después de bien batido.

Y entre sopas y vinos recordamos ahora haber gustado otra sopa al vino, la de jabali con bayas de rosa, ¡qué sorprendente mezcla! Por haber sido Hungría camino de pueblos, fue quedando en los elementos de su vida, integrados a su gusto de vivir, lo más original, lo más imprevisto.

En todas estas sopas hay siempre un ingrediente que le da su sabor húngaro: la paprika.

En un viejo libro de 1775, titulado «El nuevo jardín húngaro de las flores y las hierbas», se dio por primera vez el nombre de paprika a lo que antes se llamaba pimienta turca.

El botanista Caroly Alfordi Flatt, en 1800, siguiendo el itinerario de la paprika, la hace entrar a Hungría traída por los turcos. Otros pretenden que los comerciantes griegos vendían este pimienta turca traída de la península balcánica.

Los campesinos la adoptan. Y así aparece en su forma actual, en la región de Szeged en la Baja Hungría. Los hermanos Palfi, de Szeged, descubren que quitándole al ají sus nervaduras y semillas su cáscara tiene un gusto picante, sutil, sin nada quemante.

Pero son los horticultores de la región Szeged y de Kalasa los creadores de la «paprika» roja, predilecta de los húngaros y hoy conocida en todo el mundo.

En Hungría se hace popular. De las ollas campesinas, unas con ples y otras colgadas sobre el fuego, gana poco a poco terreno, sube de categoría y llega a la mesa de los señores. Al revés de lo que ocurría en otras partes de Europa donde la «paprika» era cultivada en jardines cerrados y en conventos para regalo de los nobles y frailes. Esto tuvo sin duda en cuenta el autor de un diccionario publicado en 1604, al describir como «plata rara cultivada en jardines de gente rica».

La «paprika», valga nuestra experiencia, de comedores de ají, no es en verdad un picante en el sentido que lo entendemos los indoamericanos. Produce un picor suave que no está en relación con su vivísimo color rojo. El que la ve, al oír decir que es picante, no la toma. Considera que el color está en relación con lo que pica. Y no es así. Sirve más bien para producir una sed agradable que requiere el frescor del vino.

En esta cocina en que todo es invención e imaginación, el número de sopas es inacabable y todas van teñidas con ese rosado encendido que pregunta el delicioso sabor de la «paprika».

Miguel Ángel ASTURIAS

PABLO Y VIRGINIA, DE NUEVO ENTRE EL AMOR Y LA BOTANICA

«VOSOTROS los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias a la felicidad, no podéis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres...» Si: he vuelto a leer «Pablo y Virginia». No he sabido resistir la tentación. El otro día arreglando libros, me vino éste a las manos: una sencilla edición valenciana, del año 1816, pulcra, de tipografía clara, y ¡ay! «adornada con una lámina fina». Conservaba un recuerdo bastante vivo del texto, y me ha hecho gracia confirmarlo. Y, además, la escritura tenía el encanto de su ligera ancianidad lingüística. El traductor empleaba un castellano esmerado, con alguna veleidad arcaizante —«aqueste», «en viéndote», y la ortografía de la época no deja de ofrecer detalles entretenidos. «horizonte» y «uracán» sinache, «muger» con ge, «lividinoso» con uve, «caberna» con be, o formas como «para-aguas», son tropiezos amables, que amenizan la lectura maquina. Alguna fórmula concreta me ha sorprendido un poco: «el árbol del algodón», por ejemplo. ¿Es realmente «árbol», dicho vegetal? Mi experiencia en el asunto es mediocre, y no me atrevo a opinar. Quizás en el trópico la planta adquiriera dimensiones egregias. O tal vez sólo se trata de un abuso expresivo. ¿Del traductor? ¿Del abate Jacobo Bernardino Enrique de Saint-Pierre...?

Desde luego, Jacobo Bernardino Enrique de Saint-Pierre fue un exagerado. Como todo escritor. Como cualquier escritor y mucho más, porque él era un «romántico» —paleorromántico, si se quiere—, y ya se sabe hasta qué extremos llegaban en sus hipótesis los individuos de esta procedencia. Escribir es, siempre, exagerar. Así lo han reconocido más de un profesional consciente de su oficio. En todo caso, «Pablo y Virginia» es una deliciosa exageración. Saint-Pierre deseaba indicar a sus lectores la dulce convicción de que «no saben lo que se pierden» con ser más o menos civilizados: la criatura humana, preservada en un afable «estado natural», resulta automáticamente un dechado de virtudes, a la vez que una espléndida realización de «felicidad». La palabra «felicidad», sobre todo, aparece con frecuencia en las páginas del relato. ¿Qué es ser feliz? Pablo y Virginia lo fueron mientras lograron sustraerse a las temblorosas añagazas del mundo urbano. Sus mismas máximas, y el par de negritos esclavos que les servían, gozaron de idéntico privilegio: en parte, por lo menos. Allí en las cercanías de Puerto Luis, en un rincón de la remota isla colonial, aquel pequeño grupo de «exiliados» descubrió, al fin, lo que es la bondad del corazón y lo que son las ventajas de la botánica... «La naturaleza y el corazón son inagotables», informaba el novelista.

No hará falta que evoque el argumento de la narración. «Pablo y Virginia» es un papel que

pertenece al orden de la cultura general. Don Bernardino pretendió traducir en drama el contraste entre la salud de cuerpo y espíritu, propia de la «naturaleza», y las turbias ansiedades que provoca la llamada «civilización». No era un tema nuevo ni brillante. Pero, en su tiempo, adquiría una particular vigencia. Hoy vuelve a estar de moda, si bien se mira. A nadie se le ocurriría plantearlo como Saint-Pierre, ciertamente. De todos modos, ahí está implícito en mucha literatura de última hora, en las sabias reflexiones de más de un filósofo, en el comportamiento insolente de la muchachada peluda y trashumante, en las vacaciones pagadas del turismo sindical o mesocrático. Incluso se produce algún episodio funesto, en la tentativa de obtener raciones tónicas de «naturaleza». Cuando el editorialista de turno confecciona su alegato emocionado contra la polución de la atmósfera, cuando las bocinas administrativas aconsejan la práctica del deporte, cuando el protomedicato entero lanza sus consignas de higiene, «Pablo y Virginia» está en el fondo de la manobra. Dios me guarde de tomar la cuestión a broma. Soy el primero en suscribir las recomendaciones favorables a la salubridad colectiva, y hasta comparto más de una aprensión «anticivilizada» de los chicos rebeldes. Sin embargo...

Es curioso: en «Pablo y Virginia» no aparecen nunca hormigas ni escarabajos, ni —que yo recuerde— ninguna bestezuela incómoda. Mucho menos asoman a escena bestias feroces. La «naturaleza» que Bernardino de Saint-Pierre y sus sucesores suelen presentar acostumbra a ser un verdadero «paraíso». Yo sospecho que también en el paraíso —perdido— había hormigas: es una manera de decirlo, claro está. Basta salir un día a eso que llaman «el campo», a merendar, y la abundancia de bichos que circulan por el suelo o navegan por el aire habría de ser suficiente para desanimar al más pintado. Y eso que el «campo» de nuestros días ya está más que saneado: me refiero al campo asequible al excursionismo alegre y dominical. Los entusiasmos proyectados sobre la «naturaleza» pecan de un exceso de lirismo bobo. En el olvidado librito de Saint-Pierre la cosa apunta en su máxima y desolada estupidez. La Madre Naturaleza no es tan «maternal» como se supone. La «naturaleza» que el ciudadano del siglo XX —el de la Europa— contraría a la felicidad, cuando menos— tiene a su alcance, es: ya una «naturaleza» dominada y sumisa. Una «naturaleza» pasteurizada, en grado mayor o menor. Ha intervenido el insecticida, quizá indirectamente y la caza de alimañas. Y lo demás.

El bueno de Jacobo Bernardino Enrique Saint-Pierre era un considerable tramposo. Todos los efusivos publicitarios de la «naturaleza» lo son.

«Pablo y Virginia», en la medida en que es un «argumento», no soporta siquiera la más tenue reticencia. Se viene abajo, en seguida. Madama de la Tour y Margarita, sus respectivos hijos, Domingo y su mujer, podían ser «felices» en un arbitrario reducto tropical, sujeto a rachas de viento o de lluvia, pero definitivamente apacible y fértil. En latitudes árticas o antárticas, y valga la réplica rupestre, aquella tierna comunidad no habría durado ni un par de meses. En el supuesto de que en entre las multitudes contemporáneas de Saint-Pierre hubiera prosperado la idea de «huir» de la perniciosa y perversa «civilización», los países cálidos se habrían convertido en una situación deplorable. No todo el mundo es Formentera, y las vocaciones de «hippy» han tenido, hasta ahora, un límite geográfico relativamente obvio. Ni las costas soleadas son tan largas, a efectos de residencia, como indican los mapas. Me doy perfecta cuenta de que, a mi vez, exagero, y ya admito que ello constituye un factor inevitable de la operación. Pero creo que, ya que viene a cuento, no estará de sobra insistir acerca de las supervivencias «románticas» que arrastra, combina y explota nuestra sociedad. La de la «naturaleza» es una de ellas.

La «civilización» suele ser objeto de graves acusaciones. Justificadas, sin duda. Sólo que, en última instancia, la cosa carece de alternativa: el punto de vista de Saint-Pierre, en su momento, no era precisamente el de los campesinos, ni mucho menos el de los acogotados indígenas de la «Isla de Francia» donde Pablo y Virginia trenzaban sus amores ingenuos y semi-incestuos. Hoy más que entonces la «civilización» resulta tremendamente imprescindible. La «civilización» es la aspirina, el electrodoméstico, el pulmón de acero, el cochecito digamos utilitario, el libro, las gafas, el tristísimo pollo de granja, el cigarrillo, el térgal, el... Y a ver quién es el guapo que renuncia a eso: a «algo» de todo eso. Los idilios, las églogas, las geórgicas, los pablosyvirginias de toda laya, han sido siempre unas capciosas tramoyas montadas por gente «urbana», para adormecer —a veces, para exasperar— a las víctimas dóciles del tinglado. No existe la «naturaleza». Ya no existía en los años de Saint-Pierre, y menos ahora. La única «naturaleza» que reconocer no es precisamente risueña: es el volcán, el terremoto, la inundación, la insidia glaciaria, la sequía, el tornado. Es, además, el cólera, el cáncer, la polio, la caries dental, el resfriado, etcétera. Contra ella estamos. La playa, el monte memoroso, la jugada deportiva o la relajación saludable, son todavía «urbes»: suburbio sonriente...

Y, puesto a sacarle un poco más de jugo a la cuestión, se me ocurre que, a pesar de todo, aún sería posible «reescribir» la novela

de Saint-Pierre en términos actuales. Cualquier novela sería, de las buenas, de las que no engañan a nadie, pongamos de Balzac o de Mann, de Dickens o de Stendhal, de Tolstoi, de Defoe, de Dostoievski, de Proust, de los gloriosos Dumas, padre e hijo, permite ser transportada a «condiciones» sociales distintas. Ya se ve por qué no cito autores de hoy. Una «fábula» de las articuladas por un novelista del pasado podría ser tomada por un novelista actual, y «traducida» a nuestras obsesiones inmediatas.

El resultado sería interesante. En teatro se ha hecho, con frecuencia, y desde siempre: la «fábula», la historia o historieta, sea Fedra o el «Círculo de tiza», se prestó a la manipulación. ¿Por qué no sale alguien dispuesto a volver del revés a los «Karamazov», la «Piel de Zapa» o «Guerra y paz»? Sería más divertido, más útil y más valioso que todo ese cementerio «novelístico» que es la bibliografía de los Robbe-Grillet, los Passolini, los Böll, los Mc Cullers, los Gombrowicz, los Butor y demás familia. El éxito de la pléyade hispanoamericana, que tanto da que hablar, quizá depende de que, por su intensa fatalidad de origen, todavía pueden «novelar» con una energía alucinante. Estos señores —Vargas Llosa, Lezama, García Márquez, Cortázar...— todavía poseen una materia prima magnífica, y la aprovechan, y por muchos años. Europa, en cambio...

Pero a lo que iba: se puede volver a escribir «Pablo y Virginia», como se han vuelto a escribir unas cuantas «Medeas», unos «Edipos» y hasta algún que otro «Hamlet». Pablo y Virginia son unos «marginados» de la sociedad civilizada: nacen, o al menos se crían, y crecen, y alcanzan la pubertad, fuera de la civilización. Su enamoramiento está previsto: como el de los hijos de Adán y Eva, obligados a elegir en el círculo doméstico. Si el Pablo y la Virginia de Saint-Pierre se nutrieron de las tetas maternales intercambiables, los homólogos actuales tendrían al pelargón como leche común. No se olvide esto: la mayoría de los niños actuales son «hermanos de leche» a través de los alimentos que la puericultura pone a la venta en farmacias... La cosa comenzaría a precisarse al colocar a Pablo y a Virginia en «lugares» significativos. El podría ser albino en la artefactación de apartamentos, o camarero, o taxista; y ella, mucama. A partir de un tal supuesto, y un escenario «paradisíaco-turístico», el desarrollo de la trama podría derivar hacia lo que la imaginación del novelista quisiese. Todo acabaría mal, por descontado: con la defunción de ambos protagonistas, de sus madres y del resto de su parentela... Pero la lección sería bastante diferente. ¿O no?

Joan FUSTER